

Domingo Melfi

## Retrato de Manuel Rodríguez



En todos los héroes de la emancipación, es sin duda Manuel Rodríguez el que más profundamente logró ahincarse en el corazón del pueblo. El pueblo está cerca del espíritu ágil del montonero, como lo estuvo en los días ya remotos de «la patria vieja». A distancia de más de un siglo, aun resuena su voz ardiente y todavía vaga por los campos, en brazos de la leyenda la sombra juvenil y turbulenta del enamorado inquieto, del forjador de tantas y tantas aventuras. La voz del pueblo lo llama «el mártir» y la historia todavía no logra justificar el crimen monstruoso cometido en la sombra por manos mercenarias. Una proyección del poder autoritario, celoso del patrimonio de la emancipación, lo tumbó de un pistoletazo en medio de la soledad campestre, a mansalva, con fría premeditación. Si Rodríguez hubiera sucumbido batiéndose contra los enemigos que la autoridad había señalado como ejecutores, si hubiera caído después de una lucha gallarda y varonil, acorralado por el duro destino, simbolizado en la pistola de los

oficiales mercenarios, tal vez el pueblo hubiera llorado sin maldecir a los verdugos. Pero fué ultimado en forma cobarde, casi por la espalda, y eso no ha podido justificarlo un pueblo que lo vió jugarse sonriendo, tantas veces, la vida y desafió otras tantas a la muerte cara a cara.

Eran tiempos de tormenta. Tiempos de intrigas y de heroísmos. Todo mezclado lo amasó el drama de la independencia en la hirviente caldera de las pasiones humanas. A medida que se libertaba trecho a trecho, la angosta faja de tierra que era Chile, del poder español surgían vehementes y encarnizadas las pasiones y los odios. No era tan sencillo forjar un pueblo en la conciencia de su vida libre. Se pudo creer—y aun hay quienes así lo creen—que la emancipación fué sólo una columna extensa de héroes que marchaban del brazo, sin resquemores ni suspicacias, hacia la inmortalidad. Pero debajo del pecho de los héroes, debajo de sus casacas bordadas y agujereadas por las balas, palpitaba también la sospecha, el recelo, el rencor, la envidia, la ambición y la cólera.

No eran héroes solamente. No eran sólo guerreros que se burlaran a cada paso de la muerte. Eran hombres con todas sus gallardías y flaquezas, con todas sus arrogancias y debilidades. La distancia convierte en símbolos a los que actuaron en largas y desesperadas aventuras. La historia reduce, por la investigación, a las proporciones humanas a los que intentan desmedirse en su propia estatura. A algunos pueblos conviene

dar prestancia de héroes aun a los que fueron infieles al honor. Es el patrimonio que se entrega a las generaciones posteriores, para que respeten la tradición y el pasado heroico en que deben inspirarse. Pero hay también falacias en esta entrega. Por eso la historia busca hoy el acento humano, como base fundamental, como revelación de la potencia interior que cada uno de esos héroes pudo y debió tener. Mientras más humanidad palpita en la existencia de un héroe, mientras más se acerca a los hombres, en la medida de sus cualidades y también en la medida de sus flaquezas, más grata resonancia adquiere en el corazón de las multitudes.

Rodríguez concretó con sus actos y aventuras, con su valor y su temeridad, una especie de leyenda que nadie puede destruir o modificar, porque la ahincó en el alma sencilla y milagrera del pueblo. Era el pueblo en persona. No había nacido en sus dominios, pero tenía la adivinación de sus instintos y de sus esperanzas. Era el campo y el suburbio, la casa humilde y la chingana bulliciosa, la choza sostenida por horcones retorcidos, de canelo, en la linde del camino y la fantásica arrogancia del que juega con la vida. La más sórdida vivienda de campo, esperaba siempre la imprevista llegada del montonero. Veían pasar por las sendas y caminos, al trote de sus caballos, entre el polvo y el ruido de los sables, a los odiados soldados españoles, que rastreaban a Rodríguez como a una bestia salvaje; y sonreían en sus rostros cazurros, porque sabían que

toda el alma del campo vigilaba la vida del caudillo. Y cuando éste penetraba más tarde en la penumbra de las chozas, el pueblo sentía como si las chozas se llenaran de luz.

Así fué Rodríguez. La esencia de la astucia campesina, el símbolo de la malicia y del heroísmo, la personificación del fatalismo corajudo de la raza. El pueblo se reconocía en él, y es evidente que no hay pueblo que no sienta en su corazón las pisadas de los que lo representan por las acciones y las aventuras, que cada uno de ellos, individualmente, sería capaz de realizar. Roirigue, como lo mentaban en su jerga familiar, se revestía con todas las formas proteicas con que el pueblo siente a los de su sangre. Aun habiendo nacido, como se ha dicho, en un medio distinto, y teniendo como tenía una educación superior, lo adoraban como si hubiese crecido entre ellos, porque había logrado identificarse con el alma montaraz, brava y humilde a un tiempo, del habitante de los campos. Se sentían prolongados en el coraje; vibraban en su existencia hazañosa y temeraria. Redimía en cierto modo a los padres y hermanos que no pudieron ser tan aventureros como él, porque la vida en ellos era dura y dolorosa y nada podía serles propicio. Por una eternidad continuarían siendo siempre los mismos labradores, los mismos peones de riego, los mismos capataces de las haciendas. En cambio él, Roirigue... Se transformaba en arriero y en capataz. Tan pronto era un soldado raso, como un coronel de los ejércitos patriotas.

Un día era un hacendado rico y horas más tarde, un peón de labranza. Días después asomaba por los caminos la cachaza mansurrona de un fraile mendicante o bien se detenía en la puerta de las chozas para ofrecer, como un mercader ambulante de los campos, sus baratijas sencillas. Cuando la noche lo sorprendía, se acostaba a dormir en los faldeos de los cerros, entre los arbus-tos, cubierto con su poncho. Días enteros se escurría por los repechos o bajaba a los valles para internarse en los suburbios de las ciudades. Allí se mezclaba con ese otro pueblo de las chinganas, corría con él la misma suerte y bebía en el mismo vaso, sin manifestar nunca la menor contrariedad.

Y para que nada faltara en su psicología era tam-bién versátil y levantisco, cazurro y dicharachero, y jugaba con las mujeres como con la muerte. Esa misma veleidad que le hacía cambiar de amores sin entriste-cerse, porque «está de Dios que así sea», que le hacía saltar de una remolienda al heroico trabajo de jugarse la vida por la libertad, que le hacía soportar sin que-jarse los más duros sacrificios, cruzando sendas cordi-lleranas y atravesando de noche los campos, llenos de soldados españoles, le hacía identificarse con el carácter aventurero y errante del pueblo. Con el guerillero es-taban temblando de emoción y maravilla, los que le conocían de cerca y los que sólo le habían oído nom-brar en las veladas campesinas o en los corrillos de los suburbios, a través de la leyenda y de la anécdota

que volaba por todas partes en brazos de la pintoresca reverberación de sus fulgurantes hazañas.

Todo el campo y todas las ciudades eran una red del espionaje español. A través de esa red, se escurría el audaz Rodríguez, sembrando el estupor y la admiración. Su coraje no tenía límites, porque para él la vida era apenas un bien, mientras estuviera sometida a un poder despótico, la tierra en la cual había nacido. Mientras existiera un soldado aspañol sobre el suelo de su patria, él no descansaría en su tenaz y frío empeño de arrojarlos. El destino lo hizo de una pasta inconforme, de una pasta en la que borboteaba el impulso indomitable de la libertad. Pero así como el quería para sí mismo una libertad absoluta, la quería para todos los que como él compartían las inquietudes de la dominación. Sentía una profunda piedad y un extraño cariño por esos hombres de los campos que le ayudaban heroicamente en sus empresas valerosas. Había visto quemar por la saña de los soldados de San Bruno, sus pequeñas heredades, destruir sus siembras y sus gauados y muchas veces oyó sin poder remediar, los latigazos sobre las espaldas de sus hermanos campesinos. Los llamaba «hermanos» en el lenguaje familiar del fatalismo. Hermano en la desdicha, hermano en el trabajo duro, hermano en la pobreza y en el dolor. Esos peones errantes de los campos acostumbraban llamarse hermanos entre ellos, aunque fueran de regiones distintas. Un secreto instinto de solidaridad, unía los destinos adversos y reconciliaba los caracteres más contra-

puestos. Todos eran hermanos, porque todos habían nacido bajo un idéntico signo, en la áspera lucha que era vivir y morir.

Rodríguez sabía que allí encontraría la astucia y la lealtad. Había descubierto, con su ojo certero, los tesoros que encerraba el alma arisca y socarrona del pueblo. Humildes, se entregaban sólo al que los entendía y los comprendía. Fríos y pérfidos, cuando advertían el engaño se encogían de hombros para todo aquél que se acercara a ellos con el espíritu avieso de la mentira. Así pudo durante varios días labrar junto con otros un camino en la cordillera, bajo el fusil odiado de los soldados españoles. Nadie lo delató. Nadie entre los hermanos, le señaló traidoramente a la furia de los que le perseguían y que ahora, engañados, le habían dado trabajo creyéndolo un peón más de los muchos que erraban por las faldas de los cerros cordilleranos. Iba en camino hacia la otra banda llevando un mensaje para San Martín. Otra noche, mientras lo perseguían fué a dormir en un cepo, en la casa de un juez. El mismo se colocó en el instrumento de tortura. Cuando llegaron los soldados españoles, dormía allí mansamente, seguro de su inmunidad, y nadie sospechó nada. Estaba entre hermanos. Así jugaba con la vida, despreciándola en cada recodo de su destino.

Fué perseguido por los españoles primero, y luego por los propios jefes patriotas. El drama de la emancipación tuvo estas contradicciones. ¿Quién podía soportar la grandeza de otro? La emancipación creó jun-

to con la libertad, el derecho de la fuerza autoritaria. Triste conclusión. Para vencer la propia tormenta interior, desencadenada por la libertad, era preciso volver a encadenar la libertad conseguida a costa de tantos sacrificios. Eso intentó O'Higgins. El torbellino revolucionario no dejó piedra sobre piedra. Y debajo de cada piedra se removía un recelo, se encogía una sospecha o se mostraba la garra de una traición. Todos recelaban, porque todos se sentían vinculados al gran drama que había roto las cadenas de la servidumbre.

Rodríguez había contribuido con su heroísmo y con su inteligencia a afianzar la obra de la emancipación. No había dado paz al español, persiguiéndolo y hostigándolo. Un día lo turbaba en sus propios reductos, penetrando como una tromba en los poblados sorprendidos y arrojando lejos o aniquilando a sus defensores y días después su caballo chileno sobre el cual se erguía la fina silueta del audaz montonero, se recortaba, nervioso, en la arista más encumbrada de un cerro. En donde había un nido de soldados españoles, allí lanzaba su astucia deslumbradora el guerrillero inalcanzable e incazable. Como el viento, pasaba ironizando para volver de nuevo y aventar enemigos. Poseía el diabólico don de la ubicuidad. La furia española buscaba traidores que vendieran al guerrillero. Todas las bocas estaban mudas. Nadie sabía nada. Las espaldas se llenaban de heridas sanguinolentas, con el golpe de los látigos. Ni una sola palabra delatora salía de los labios sellados por el amor al montonero.

Penetraba en la capital, mientras su cabeza había sido puesta a precio por Marcó del Pont e iba abrir la portezuela de la calesa del propio Gobernador. Le acomodaba el estribo para que bajara y luego recibía sonriendo la moneda de plata que le arrojaba el orgulloso señor del Reino, representante de su Majestad. Lanzaba luego al aire la moneda y la recogía en su mano con un gracioso gesto, que hacía sonreír al mismo Marcó del Pont. Nadie hubiera descubierto bajo los andrajos del «roto» al caudillo, cuya cabeza todos buscaban afanosamente. Los propios amigos de Rodríguez temblaban, cuando le veían llegar de improviso a los salones para escuchar lo que se decía y descubrir los planes españoles que luego llevaba o transmitía a Mendoza, al cuartel general del Ejército que organizaba San Martín.

No conocía el reposo. ¿Quién era capaz de apresarle vivo si mudaba continuamente de piel, descomponía su rostro, y hasta disfrazaba con pasos inverosímiles, su andar garboso y viril? ¿Quién podía llevarlo atado a la capital desde los campos en donde merodeaba, formando y levantando montoneras, aliándose con los bandoleros de los campos para asegurar las sendas, y los desfiladeros? Nadie. Todo el campo era cómplice de la astucia del guerrillero. Toda la montaña chilena con sus caminos tortuosos, con sus matorrales espesos y sombríos, todas las chozas, todos los ríos y esteros, y todas las mozas campesinas enamoradas de su coraje eran otros tantos encubridores de su coraje y de su au-

dacia. El andariego caudillo tenía la seguridad de esta complicidad inviolable, porque siempre el hombre del pueblo ha defendido en el audaz, su propia condición y en el que burla a la autoridad ciega y feroz, su naturaleza rebelde. Cuando veían llegar tras las huellas recientes de Rodríguez a los soldados de San Bruno, inmovilizaban su rostro y respondían indiferentes a las preguntas. Nadie lo había visto. Y si alguna vez asentían a dar señas, indicaban los caminos contrarios al que había tomado el guerrillero y burlaban, sin una sola emoción en el rostro, la pesquisa de los aborrecidos soldados godos. El mismo Rodríguez se complacía a veces, por una exasperación de su naturaleza atrevida y amiga del peligro, en dar instrucciones extrañas a los soldados acerca del posible escondrijo de ese «endemoniado Roirigue»... «Icen que lo vieron ayer en la Hacienda Las Tejas, cerca de San Fernando»...

En las chozas campesinas, se reunían para contar sus hazañas. A veces un viento milagrero pasaba rozando, con un estremecimiento, el alma simple de los oyentes... ¿No tendría pacto con el diablo? Pero abandonaban la sospecha sobrenatural, porque el ser vivo y real que era Rodríguez, llegaba siempre con sus alforjas repletas de regalos para sus buenos hermanos de los campos, vino, azúcar, yerba, tabaco. Era tan pobre casi como ellos y no hubiera podido obsequiarles nada más valioso.

Por todo esto, su popularidad había alcanzado un límite pocas veces conocido en el país. Su espíritu tra-

vieso llenaba de entusiasmo. Era un ser turbulento, vivo, lleno de recursos. Cumplida la obra de la emancipación, expulsados los españoles del territorio, todavía el guerrillero quería continuar su vida de agitación y de aventuras. ¿Qué quería? se preguntaban los jefes que ya habían empezado a tomarle ojeriza. Había sido gran amigo de los Carrera, especialmente de José Miguel. La fracción carrerina maniobraba en la sombra, tendía sus hilos inteligentes y esperaba algún día derribar la prepotencia de O'Higgins, el dictador. Y a pesar de que Rodríguez le había hecho ya una semi-revolución a Carrera, sentía ahora la necesidad de hacérsela a O'Higgins para afianzar de una vez en el poder al donairoso héroe que sufría en el destierro. Rodríguez estaba más cerca del espíritu de Carrera que del de O'Higgins. Sentía mejor la romántica sugestión que infundía en todo el infortunado perseguido. Aquella alma turbulenta, viril, rebelde, y voluntariosa hacía vibrar secretamente el corazón del guerrillero, pues algo había en el espíritu de esos dos hombres que los identificaba, por la audacia y por el desprecio de la muerte.

Las fracciones santiaguinas de carrerinos y o'higginistas se hacían una guerra enconada. No había paz, porque todos aspiraban a manejar el poder. Después de las sangrientas jornadas de la guerra, se mostraban ya sin velo las ambiciones y los ímpetus. Lo mismo la vieja aristocracia colonial que los partidos formados en el choque de los jefes militares, se aprestaban para apoderarse del mando. Pero el espíritu democrático de

Rodríguez no podía tolerar el espectáculo de una dictadura. En verdad, su temperamento díscolo no se avenía con ningún poder. Simbolizaba perfectamente el descontento perenne, otro rasgo del carácter chileno que no puede tolerar al que está arriba.

O'Higgins lo llamó un día a su despacho para significarle que su conducta revolucionaria debía tener un término y era además peligrosa para la paz pública. La guerra había terminado y era natural también que terminaran las arrogancias ambiciosas. Y a renglón seguido le ofreció mandarlo fuera de Chile en una misión diplomática. Rodríguez le contestó sin inmutarse:— «¿Ud., ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que esto de los gobiernos republicanos, deben cambiarse cada seis meses o cada año a lo más, para que de este modo, nos probemos todos, si es posible; y es tan arraigada esta idea en mí, que, si fuera Director y no encontrase quien me hiciera la revolución, me la haría yo mismo. ¿No sabe Ud. que también se la traté de hacer a mis amigos Carrera?».

Era así su genio, levantisco y rebelde. Su descontento más que todo, un rasgo acentuado de ese humor chileno inconforme que nunca ha podido concebir que otros manden mucho tiempo. No era en él la voluntad de derribar a O'Higgins, aunque la dictadura le pareciera excesiva y en ciertos instantes violenta. Es que su naturaleza no se acomodaba con la tranquilidad. Había crecido en medio de las luchas, sintiendo el peso de la autoridad colonial, la servidumbre de sus herma-

nos, y se esforzaba quizás sin entender el momento terrible que vivía Chile, en cambiar un Gobierno que sobre todo perseguía en forma ya inhumana a los discolos entre los cuales se encontraban los Carrera. Dos de éstos habían sido fusilados. ¿Qué otro destino le esperaba?

Pero había que intentar una última prueba. Disuelto los Húsares de la Muerte, el batallón que Rodríguez había formado, por considerársele, como a su jefe, indisciplinado y revolucionario, Rodríguez meditó el plan de derribar al que todas apodaban «el huacho»: O'Higgins. Para ello era preciso aprovechar el descontento causado en mucha parte de la opinión por las excesivas atribuciones del Director Supremo, por su «tiranía» y por «las contribuciones», que se cobraban. Y cuando pretendió capitanear al pueblo y arrojarlo sobre el Palacio de Gobierno, fué aprehendido y encerrado en el Cuartel de San Pablo. Era su última carta. Ya no habría compasión. Debía ser eliminado en homenaje a los altos intereses de «la patria». El tenebroso Monteagudo había traído instrucciones inequívocas de la otra banda. O'Higgins, por su parte, las encontró aceptables.

Pero la verdad es que la suerte de Rodríguez quedó echada cuando reveló que no era de la pasta de los conformistas. La República incipiente y los hombres que la gobernaban, no podían tolerar a ese ser turbulento, cuya popularidad era un permanente peligro. Aliado a los Carrera o siguiendo sus instruccio-

nes, nunca para ellos, habría paz. El odio cegaba todas las fuentes de la generosidad. Y los que habían visto tantas veces de cerca la muerte y la habían desafiado, no trepidarían en abatir una cabeza más, aunque ésta fuera la del que más bravamente había luchado por la libertad.

Y una mañana Rodríguez salió de la cárcel con el regimiento que debía llevarlo a Valparaíso. Es decir, a la muerte. Iba a las órdenes de los mercenarios que llevaban la consigna de matarlo. Su buen humor, su genio desenfadado, su sonrisa cazurra, se quebraron en un sombrío y doloroso silencio. Sabía que el destino no se tuerce, por más que él jugó tantas veces con el destino burlándolo limpiamente. Y se dispuso a encararlo con el mismo desdén con que había burlado a la muerte en los campos.

El campo ya no era su cómplice. La montaña estaba muda, no hablaba por sus sendas como antes, ni salían de las casas los rostros amigos, con los cuales se sentía seguro en medio de los enemigos. El cerco de hierro había hecho enmudecer la vida del contorno y nada podía romperlo. Sin embargo, cuando se acercaba a Tiltil, un hombre de los campos, montado en un caballo, se acercó a él, en un descuido de los soldados y le entregó un cigarro. En el papel del cigarro iba escrita una frase: «Huya Ud. que le conviene».

¿Huir? Se sentía acorralado como una bestia y quizás esto mismo le aplastó el espíritu, sumiéndolo en esa resignación sombría y fatalista de la cual no se vuelve a

salir. Lo acorralaban a él que se había batido como una fiera junto con todos ellos. En la noche neblinosa de Tiltil, entre los cerros, tau llenos de caminos, le dispararon por la espalda. Cayó apoyando una rodilla en tierra y exclamó»:

—«No me mates, Navarro . . . Toma este anillo que te dará suerte».

Aun el alma fatalista esperaba la salvación. Lo trataron como a un perro. Le dispararon las carabinas a boca de jarro y luego lo arrastraron a un zanjón. Allí quedó como un bulto. Después echaron encima ramas y piedras. El viento comenzó a soplar y se retorció a lo largo de las quebradas y caminos, encendiendo el quejido intermitente de la noche.

Después de su muerte, en todos los recodos y reguerros de las sendas chilenas, el alma popular encendió las velas con que la piedad y la superstición campesina recuerda a los seres queridos. Muchos años pasaron, hasta que el viento del tiempo, fué apagando una por una esas lucecillas medrosas que brillan en la noche y estremecen, al pasar, el alma de los huasos y hacen encabritar a sus cabalgaduras. Pero nada ha podido apagar en el corazón del pueblo, la lumbre misteriosa de esa naturaleza que se identificó con él y le ayudó generosamente a salvar todas las dificultades que se opusieron a la libertad de Chile.